

CAPÍTULO III

Cualidades de una mujer, y en particular de una madre. Su ministerio y sus funciones en la familia. Los hombres, en el orden espiritual, no pueden existir sin una madre.

Ya es tiempo de principiar á explicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á San Juan, y esto en su sentido más noble, en el sentido que nos toca más de cerca y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta explicación, observaremos desde luego que en el orden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproducción y la conservación de su especie. Mas la Sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. **NO ES BUENO, dice, QUE EL HOMBRE ESTÉ SOLO EN LA TIERRA (1).** Después de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él, no sólo porque es de su misma naturaleza, sino porque es también de su misma substancia (1). El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la mujer, por una

(1) Non est bonum hominem esse solum. (*Genes.*, II, 18.)

(2) Faciamus ei adjudatorium simile sibi. (*Ibid.*)

operación misteriosa é inefable, de una porción del cuerpo mismo del hombre (1).

Debemos admirar aquí cuán extraordinarias y singulares son la existencia, el ministerio, el destino y las cualidades de la mujer.

En primer lugar, la mujer es un ser misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la mujer: ella reina por su propia debilidad, ella encanta por su timidez, ella impone por su pudor.

La mujer es como un ser múltiple, y, por decirlo así, como una doble naturaleza. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condición del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razón y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque, con él y como él, es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta, lo mismo que él, al padre, y le obedece. De este modo participa de los dos extremos y los reúne en sí misma. Ella es, pues, el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reúne los dos elementos más

(1) Et ædificavit... in mulierem... de viro sumpta est. (*Genesis*, II.)

apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Mas, respecto á las relaciones morales que forman la base de una sociedad de seres racionales, la misión de la mujer es mucho más preciosa é importante.

Efectivamente, está en la naturaleza de todos los seres inteligentes que el ser inferior, el ser débil no se aproxime ni se aficione al ser superior, al ser noble y fuerte, sino en tanto que éste se incline, por decirlo así, descienda hasta él y le manifieste previamente su afecto.

Por consiguiente, si el niño no le habla sino porque sus padres le han hablado antes, tampoco los busca ni los ama sino porque ellos han sido los primeros en buscarle y en amarle; y si la palabra de sus padres despierta su inteligencia y le enseña á discurrir, el amor paternal excita igualmente su corazón y le enseña á amar.

Pues bien; este misterio tan difícil, pues que se trata de disponer para la confianza el corazón tímido de un niño, y de inclinar al amor el corazón independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, pues que estos sentimientos son los únicos que pueden aproximar á dos seres tan apartados como el padre y el hijo, y que son el principio y la base de las relaciones establecidas entre ellos; este ministerio, repito, es propio y exclusivo de la madre. La madre es la primera que manifiesta y revela á su hijo la persona de su padre, y la que hace gustar y saborear al padre

las tiernas caricias y la inocente sonrisa de su pequeño hijo. La madre es la que alienta á la debilidad para que busque á la fuerza y se aproxime á ella sin temor, y hace que la fuerza se doblegue hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.

Sin el auxilio de esta mediación, de esta industria de una madre (ó de la que está en lugar de madre), que empequeñecen, por decirlo así, al hombre hasta llegar al niño, y engrandecen al niño hasta llegar al hombre, el niño miraría siempre al hombre con miedo, y el hombre miraría siempre al niño con indiferencia.

La madre es la que inspira y hace nacer la confianza y el amor entre el padre y el hijo; ella es también la que la enardece si llega á resfriarse, y la reanima y la renueva si llega á extinguirse. La madre es la que excusa, defiende y protege al hijo culpable ante el padre irritado; ella calma la indignación de éste, templá su rigor, detiene el efecto de sus amenazas, aparta el castigo y obtiene el perdón. La madre es la que hace valer los derechos, la razón y la autoridad de un padre ofendido ante un hijo prevaricador; la que alcanza la sumisión de éste y le inspira el arrepentimiento. Ella no tiene paz ni sosiego mientras no consigue una reconciliación entre el padre y el hijo, y restablece entre ellos la antigua armonía. La madre es, por lo mismo, en la familia, la mediadora natural de la reconciliación, la mensajera del perdón y el árbitro de la paz.

Además, al padre es á quien pertenece, como á una providencia, por decirlo así, general, proveer á las ne-

cesidades de la familia. Mas estas necesidades no pueden ser conocidas ni comprendidas en sus más pequeños detalles sino por la madre. El instinto prodigioso de su ternura se las revela. Ella las adivina, las previene, las toma á su cargo, las manifiesta al jefe de la casa, se las explica, y reclama su remedio; ella no se vale de su ascendiente sino para ayudar, ni de su autoridad sino para proteger, ni de su carácter de madre sino para ser el ministro de la beneficencia y la dispensadora de la bondad del padre. Todo esto, dice Santo Tomás, explica la denominación latina del matrimonio (1). Denominación formada de dos palabras que recuerdan el oficio y el cargo de la madre, porque los cuidados particulares de la familia y de los hijos pertenecen más bien á la madre que al padre; esta es una de las razones porque fué criada la mujer, y por esta causa también ella es la que naturalmente se dedica más al cuidado de los hijos.

Todas las cargas impuestas por la naturaleza á la mujer son relativas á los tiernos sentimientos del corazón, que son el principio y el fin, y el medio ejecutivo de ellas. La mano de Dios, al formarla, se los dió en abundancia, y casi puede decirse que estos sentimientos constituyen el fondo de su ser. En efecto, lo que le falta en fuerza de inteligencia, lo tiene en energía

(1) *Matrimonium dicitur quasi matris munium, id est officium quia mater magis pertinet ad rationem ejus quam pater, quia mulier principaliter facta es propter hoc, non autem vir, et mulier circa prolem magis est officiosa.* (IV, *Distinct.*, 27, 9, 1.)

de sentimientos; ella está compensada de la débil capacidad de su espíritu con la grandeza y la generosidad de su corazón; el instinto maternal le sirve de penetración; ella comprende menos, pero siente más; ella obra mucho porque ama mucho y porque todo su ministerio se reduce á amar; ella es la ternura misma. Así es como el Criador ha dado á todos los seres las cualidades necesarias al cumplimiento del fin para que los ha formado.

Esta es la razón por qué no se encuentra en la naturaleza un amor más tierno y más enérgico al mismo tiempo, más firme y afectuoso, más contrariado y más constante, más combatido y más generoso que el de una madre. Cuantos más disgustos sufre por sus hijos, tanto más los ama; cuanto más dolores, más trabajos y más sacrificios le cuestan, tanto mayor es su afecto y su ternura para con ellos; cuanto más defectuosos y disformes son ellos, tanta mayor compasión le inspiran; cuanto más incómodas, más repugnantes y más contagiosas son sus enfermedades, más lejos está ella de abandonarlos. Todo amor natural cede y se debilita en ciertas circunstancias; sólo el amor maternal es el que no cede jamás, jamás se desalienta, jamás se cansa. El solo triunfa de todo y está á prueba de todo; él saca fuerzas de sus propios padecimientos; cuanto más angustiado y afligido se encuentra, tanto más activo y más enérgico se hace.

Esta es, finalmente, la razón por qué no hay una palabra más dulce, más agradable ni más tierna que la

de *madre*. Ella habla al corazón, y no habla sino al corazón, porque sólo revela la confianza y no respira otra cosa que amor. La palabra *padre* es tierna y dulce sin duda alguna; mas, con la idea de un amor generoso y fuerte, recuerda también la severidad y justicia, que pertenecen al padre, como al juez natural de la familia, de que es cabeza. Mas siendo el ministerio de la madre un ministerio sólo de bondad, de paz, de misericordia y de amor, el nombre de madre es también el símbolo del amor; él no es otra cosa que dulzura y delicias para la lengua que lo pronuncia, lo mismo que para el corazón que lo siente.

Es indudable que el orden natural y visible es en su realidad misma el símbolo y la figura del orden espiritual y divino. En efecto, la redención del mundo por la efusión del espíritu de Dios en los corazones helados de los hombres es llamada en la Escritura una creación nueva (1). Y nuestra vocación á la fe y á la gracia es llamada una generación, un nacimiento feliz, que nosotros hemos recibido de Dios (2).

Supuesto que hay semejanza é identidad en los términos, es necesario que haya también semejanza é identidad en las ideas y en las cosas. Es claro, según el lenguaje de los libros santos, que la vida y la gracia se transmite, se conserva y se perpetúa por unos medios

(1) Emites Spiritum tuum, et creabuntur. (*Psal.* ciii, 30.) Nova creatura. (*II Cor.*, v., 17.)

(2) Genuit nos verbo veritatis. (*Jac.* i, 18.) Qui ex Deo nati sunt. (*Joan.*, i, 13.)

muy nobles, misteriosos y sublimes, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza; y que hay una generación puramente espiritual y divina, que nos hace nacer para el cielo, así como hay una generación carnal, que nos hace nacer para la tierra. Esta vida natural principió por un hombre que fué unido por Dios criador á una mujer; por consiguiente, la vida espiritual debió tener también por principio un Hombre unido á una Mujer por Dios redentor. Es decir, que así como en el orden temporal, además del padre, principio de la vida, tuvimos una madre, por cuyo medio se nos transmitió la vida, del mismo modo en el orden espiritual, además del Padre, autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener igualmente una Madre por cuyo medio nos fuese dada la gracia, y esta Madre es María.

El Dios lleno de bondad, que en el orden temporal quiso que cada hombre tuviese en su madre, según la carne, un vínculo de unión, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa, un motivo de confianza y de amor para con un padre terreno; este Dios, en el orden espiritual, en el que ha esparcido con mucha más abundancia las riquezas de su misericordia, no ha podido rehusar á los cristianos en el orden espiritual, un lazo de unión, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa y un motivo de confianza y de amor para con el Padre celestial. ¿Y cómo, sin ofender á la infinita bondad de Dios, que quiso proveer tan copiosa y abun-

dantemente á nuestra redención (1), puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediación de una Madre celestial?

(1) Copiosa apud eum redemptio. (*Psalm. cxxix, 7.*)

CAPITULO IV

Jesucristo debió comprendernos en la donación que hizo de María á San Juan por Madre. Razones por las que el Salvador, en ciertas ocasiones, se olvida, al parecer, de María. Habiéndonos tenido presentes en todas las ocasiones de su vida, no pudo olvidarnos en una de las más importantes disposiciones de su muerte.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo cuando desde lo alto de la cruz dijo á San Juan, indicándole á María : HE AHÍ TU MADRE.

No es, pues, cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esa feliz adopción. No es, pues, cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegación, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo, á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el discípulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura ni aspirar á tener la más pequeña parte en el afecto maternal de María. No será, pues, verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el orden espiritual de la gracia y de la salvación otra madre que una parricida, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida, y que nada tenemos de común con la Eva inocente, con la *Madre*